

Prólogo

Escribir es una búsqueda en el interior del escritor. También es comunicación con el lector, al que se transmite ese interior que el escritor va descubriendo al plasmar el texto. Hay autores básicamente introspectivos y otros cuya intención fundamental es poner ante el lector con rotundidad sus sentimientos, sus pensamientos, sus miedos, sus alegrías... Ignacio Ramón Martín Vega es de estos últimos. Escribe para vaciarse, por eso es un autor prolífico, porque en su cabeza bullen las historias y en su corazón, los personajes. Y me atrevo a decir que en todos ellos pone un pedazo de él mismo.

En una de sus anteriores novelas, *El sol entre las nubes*, había un personaje, *Celeste*, que sin ser el protagonista, destacaba sobre los demás por un realismo descarnado junto a un inocente sentimentalismo. Creo que todos los que la leímos nos enamoramos de esta mujer y echamos en falta que tuviera un papel más largo en la novela. El autor debía de sentir algo parecido porque ya tenemos entre las manos una obra en la que ella es la protagonista. Pero no es sólo *Celeste* la que viene de *El sol entre las nubes*, también aparecen otros personajes de aquella obra, que, igual que la narradora (está escrita en primera persona, lo que incrementa la autenticidad del personaje), cierran su periplo vital y literario aquí.

En esta nueva novela de Ignacio Martín hay varias historias y tres planos de narración. No voy a hacer *spoiler*, pero diré

que en *Un nuevo amanecer* se narran dos historias de amor, una de reconciliación maternofilial y otra de desintoxicación, también se pone fin a una novela negra. Además, como el autor nos tiene acostumbrados, hay múltiples personajes, muchos de ellos con vidas, apenas esbozadas, que darían cada una para otro libro.

Hasta aquí lo que podríamos definir como el plano real de la narración. Está también el plano onírico, en el que vemos en el sueño de *Celeste* (porque es un solo sueño, repetitivo, que pasa de pesadilla a revelación) la marcha de su proceso curativo.

Es en la desintoxicación de la protagonista donde está el tercer plano narrativo. Esta obra es formalmente una novela, pero en ella, como ya sucedía en *Soy alcohólico, historia de una enfermedad*, Ignacio Martín explica, con precisión de experto, los obstáculos que aparecen en la larga marcha hacia la superación de las adicciones. También se exponen los miedos del adicto que pretende dejar de serlo y la actuación de quienes le ayudan a curarse.

En *Un nuevo amanecer* hay además una sorpresa en forma de amigo-terapeuta, el que podríamos llamar, en términos cinematográficos, cameo de Alonso, el protagonista de la primera novela del autor, que, tras superar el alcoholismo y recuperar su trayectoria vital, ayuda a los que se enfrentan a este difícil proceso. Quizá la colaboración de este personaje pueda volver a producirse si Ignacio Martín decide escribir otra obra sobre las adicciones y su curación. Ahí dejo la idea...

CRISTINA BUHIGAS
Periodista

Un nuevo amanecer

1

Abandoné Palma de Mallorca sin apenas hacer ruido después de haberme despedido a lo lejos de mi Belén, prometiéndome que volvería a por ella cuando estuviera bien situada. Ella no supo de mis numerosas lágrimas, porque no me vio. La fuerza de la responsabilidad, una vez más, fue determinante para intentar comenzar desde el principio; una nueva vida basada en la estabilidad emocional y en el crecimiento personal. *La Celes* tenía que morir, quedarse ahí, en Palma, y muy lejos del colegio de mi hijita Belén, de tan solo ocho años. Todo lo que me recordase al antro *Double Duce*, a Johan, a Buendi o a toda la mugre que me había rodeado durante años, tenía que permanecer en aquella isla, para siempre jamás.

Pasé el *mono* en casa de mi querido amigo Fernando. Le pedí que, por favor, me obligara a sufrir. Que me encerrase si hiciera falta en una habitación con cerrojo. Sabía que serían unos días tremendamente duros. Más bien, tenía la certeza de que la vida en general se iba a convertir en un verdadero infierno. Jugaban a mi favor las ganas que tenía de recuperar a mi hija. Así que todos aquellos días de intenso dolor, náuseas, calambres musculares, espasmos, vómitos, fiebre, lloros y delirios, aunque

no merecieron la pena, sí consolidaron en mí las ganas de salir adelante. Fernando se portó conmigo como un verdadero amigo. Estuvo, según me confesó antes de despedirnos, tentado de pasar el mono también y acompañarme a donde fuera que me dirigiera. Tuve la lucidez suficiente de afirmarle categóricamente que yo me iba sola, y que sola iba a salir adelante. Que ya había probado en alguna ocasión cambiar de vida con compañeros de consumo, con nefastas consecuencias. Sabía perfectamente que, entre dos, siempre había uno que era más débil; y que a la postre, arrastraba al otro al abismo. Así que pedí a Fernando que cuidara de mí hasta que pudiera abandonar su casa. También le aconsejé, cómo no, que hiciera algo con su vida.

Cuando probé bocado, tres días después del inicio de mi síndrome de abstinencia, sabía que quedaba lo peor. Lo más aparatoso había sucedido, y desde ese punto me quedaba un largo y tortuoso camino. En mis sueños o delirios, me había venido a mi maltrecha mente la visión de mi padre, afirmándome que me perdonaba y que quería que regresara a casa. Seguro que mi mente estaba jugándome malas pasadas. Fui sin lugar a dudas y desde muy niña una enorme decepción para el capullo ese que decía ser mi padre, quien siempre me obligaba a la superación utilizando la peor de las tácticas. Él decía que lo hacía para motivarme, y yo digo que eran malos tratos físicos y psíquicos. «¡Malnacido!».

Para ponerme en marcha y comprar el billete de avión, sabía que tenía que volver a prostituirme y ahorrar. Iba a ser mi bautismo de fuego. Cuando estaba pedo o con el *mono*, no me importaba hacer lo que fuera necesario para tener unos pocos euros. Nunca lo había hecho sobria; fue una experiencia que podría describir como extremadamente dura. Cuando algún cliente me preguntaba si era muy puta, habitualmente le decía que más que las gallinas. Sobria, tengo que decir que esas cosas no se

le preguntan a una mujer. Me gustaría saber cómo era posible que hubiera llevado ese tipo de vida sin el más mínimo rubor.

Tengo que dar las gracias a la economía de mercado, o a lo que sea que me permitió que el billete de avión a Madrid me costase casi tan barato como ir al cine. Un cliente transportista tenía en la cabina de su camión un ordenador portátil con conexión *wi-fi* a Internet, y me pudo reservar un billete de avión con destino al Aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid Barajas. Ese fue el precio de mi servicio, y no pude agradecerle lo suficiente lo que había hecho por mí.

Para obtener ropa, me dirigí a la calle Seminari, y en *Cáritas* pedí indumentaria decente para poder viajar. No me pusieron ningún tipo de problema. Al final tendré que agradecer que fuera tan mal vestida y tan sucia, ya que la buena mujer que estaba atendiendo se compadeció de mí y me llevó a su casa; me brindó su cuarto de aseo y pude disfrutar de un relajante baño con sales. Estuve tentada de darle gracias a Dios; pero yo no creo en Dios, porque si no, tendría que decirle cuatro cosas bien dichas.

Esperanza —qué casualidades tiene la vida, así era como se llamaba la voluntaria de *Cáritas* que me brindó su bañera— no solo me dejó darme un reconfortante baño, sino que me rogó que hasta que saliera mi avión me quedara en su casa. No tenía pinta de lesbiana; y según pude advertir en una de las fotos que había en su salón comedor, estaba abrazada a un maromo muy atractivo con pinta de voluntario médico o algo por el estilo. Así que, con la tranquilidad de estar en casa de alguien normal, pude pasar y compartir nuevas vivencias y unos pocos días con aquella extraordinaria mujer. Eso sí, no iba a ser todo perfecto: para fumar tenía que bajar a la calle; pero ella me acompañaba, no deseaba dejarme sola. A mí, que estaba acostumbrada a competir con todas las tías que se cruzaban por mi